

Prosiguen el camino por Opia,  
Sufriendo de fortuna mil reveses,  
Y la tardanza fué con demasia  
Por aquellas riberas y conveses;  
Pues por la gran creciente que traía  
En pasallo tardaron ocho meses.  
Y al fin efectuado su pasaje,  
A la parte del sur hacen viaje.

Iban por aquel rumbo via reta,  
Pasando rios que les daban vado;  
Con hambre que los mas fuertes subyeta  
Atravesaron grande despoblado,  
Hasta venir á dar al rio Meta,  
Que no la pudo dar á su cuidado:  
Vive la gente dél con desengaño,  
Pues nada de su cuerpo cubre paño.

Desde las plantas á los altos cuellos  
Sus partes se verán desabahadas,  
Ellos hasta la cinta los cabellos,  
Y las mujeres todas tresquiladas;  
Tanto que juzgareis ellas ser ellos,  
A no ver las señales apropiadas  
Donde naturaleza diferencia  
El existente ser del apariencia.

Prosiguieron la senda mas batida,  
Con la solicitud acostumbrada,  
Hallaron pueblo lleno de comida,  
Donde tuvieron noche descansada:  
La gente toda dél era huída,  
Y en parte diferente congregada;  
Veláronse, según comun costumbre,  
Por evitar alguna pesadumbre.

Antes que Venus con dorada frente  
Fuese del claro dia mensajera,  
El Espira, con parte de la gente  
De caballo, siguió cierta carrera  
Para buscar el morador ausente  
Y ver la poblacion desta frontera,  
En el pueblo dejando los restantes  
Con el reguardo que tenían antes.

Y el santo resplandor de la mañana  
Por cumbres y por llanos estendido,  
La gente que quedaba castellana  
Oyeron de cornetas gran ruido;  
Y luego descubrió por la zavana  
Golpe de gente bien apercebido  
De varias armas, intencion nociva,  
Sin ver á George Espira por dó iba.

En la composicion de su ordenanza,  
Pavés y dardos llevan los primeros,  
Y los de mas atrás aguda lanza;  
Tras estos muchedumbre de flecheros,  
Y hondas, de que tienen gran usanza,  
Cuyos tiros no son menos certeros:  
Los que velaban de los peregrinos  
Dan arma sin que dejen los caminos.

E un Francisco Sanchez, buen soldado,  
Tuvo tan gran esfuerzo y osadia,  
Que sin dejar el puesto señalado  
Ni huir el estruendo que venia,  
De gente que llegó por aquel lado  
El impetu terrible resistia,  
Igualando los golpes de su diestra  
A la temeridad que en esto muestra.

Tal era de sus brazos el gobierno  
Y fuerza de que lo dotó natura,  
Que el mas duro pavés hallaba tierno,  
Blanda la lanza de madera dura;  
Y á costa de la gente de aquel cuerno  
Tincta se ve de sangre la verdura:  
A unos las entrañas va rompiendo,  
A otros da temor con el estruendo.

Como quien con pesada podadera  
Va rozando de plantas varias tramas,  
Para hacer allí su sementera,  
A todas partes derribando ramas,  
Y hacen mella ya por la ladera  
Los carrascos, quejigos y retamas,  
Por ser aquellos árboles enhiestos  
De sus nativos troncos descompuestos:

No menos en la furia se mostraba  
En esta parte donde combatía,  
Pues en el escuadron se señalaba  
Aquella grande mella que hacia:  
Brazos, piernas, cabezas derribaba  
De quien con mas furor acometía,  
Sin que los muchos que le daban guerra  
Le hiciesen perder paso de tierra.

Acuden españoles al ruido,  
A fin de sustentar tan bravos hechos;  
Mas tanto tiro, grita y alarido,  
Les hacian los pasos ser estrechos;  
Y ansi, sin ser con tiempo socorrido,  
Le dieron con un dardo por los pechos,  
Con cuya crudelissima herida  
Perdió luego las fuerzas y la vida.

A fin de refrenar infladas venas,  
Pusiéronse los nuestros por delante;  
Mas fué como mojar las velas llenas  
Del barco por que corra mas adelante,  
O como minutísimas arenas  
Opuestas á gran viento de levante;  
Sin dar lugar á la cristiana lanza  
El indiano concierto y ordenanza.

Regíanlos catorce capitanes,  
Como gigantes todos y animosos,  
A su modo soberbios de galanes,  
Aunque los ornamentos son plumosos,  
Y según los meneos y ademanes,  
De ensangrentar las manos cudiciosos:  
Ondean por los hombros de salvajes  
Grandes diversidades de plumajes.

El mas principal dellos les decia:  
« Adelante los míos, que notoria,  
Según el buen principio deste dia,  
Tenemos desta gente la victoria;  
Demás de que también de parte mia  
No terná menoseabo vuestra gloria,  
Pues si el ejemplo del mayor aplice,  
Aqui vereis mi diestra lo que hace.»

Apenas les habló desta manera,  
Cuando vestido de furor insano,  
A todos les tomó la delantera,  
Con tres ó cuatro dardos en la mano;  
Clavó del primer golpe la mollera  
Al desdichado mozo Joan Serrano:  
Fué la punta del tiro tan profunda,  
Que no fué menester llaga segunda.

Trabóse mas del uno y otro bando  
El bélico furor triste y horrendo;  
El indio fiero tierra va ganando,  
El español feroz la va perdiendo;  
Innumerables hondas disparando  
Con sus crujidos hacen tal estruendo,  
Que de sobresaltados los caballos  
Mal pueden los jinetes concertarlos.

Por el poco lugar que se le daba,  
Arma del español anda suspena;  
Y el dardo, piedra, flecha, que llegaba,  
Era por todas partes tan inmensa,  
Que ya ninguno dellos procuraba  
Sino tan solamente su defensa,  
Yéndose retrayendo de la muerte  
Del campo llano para lo mas fuerte.

Oyó luego la grita George Espira,  
Y en este punto, sin que mas atiende,  
Para librar los suyos desta ira,  
Volvió con los demás á media rienda:  
Vido cómo su gente se retira,  
Llevando lo peor en la contienda;  
Las espaldas tomó del enemigo  
Haciendo crudelissimo castigo.

De treinta de caballo son heridos,  
Que derramando sangre van sin duelo;  
Los indios viendo ser acometidos  
Por adonde vivian sin recelo,  
Reviuelven á los gritos y gemidos  
De los que ya quedaban por el suelo,  
Y viendo los mortíferos conciertos,  
Quedaron de pasmados como muertos.

Como lugar de golpes y alborotos  
De muchos oficiales comarceanos,  
Do labra cada cual según su voto  
El palo, el hierro, los dorados granos,  
Y por un repentino terremoto  
Soltaron instrumentos de las manos,  
Martillo, mazo, y el formón agudo,  
Y queda luego todo como mudo:

Destá suerte también fué la caída  
Del cacique feroz y sus vasallos,  
Oyendo de repente la venida  
Y el tropel que traían los caballos;  
Y aquellos que llevaban de vencida  
Embistieron también por ayudallos,  
De tal manera, que por cada parte  
Venció contrarios el cristiano Marte.

Con tan bravo furor se daba caza  
Por nuestros caballeros y peones,  
Que el campo raso se desembaraza  
De los embravecidos escuadrones,  
Quedando todavía por la plaza  
De cuerpos muertos grandes los montones:  
Penachos, dardos, lanzas, y no menos  
De paveses caminos quedan llenos.

Conclusa la batalla, no sin lloro  
De los que comenzaron las rencillas,  
Revolviendo las plumas y el decoro  
De indios que hicieron maravillas,  
Descubrieron algunas joyas de oro,  
Y de plata pequeñas campanillas,  
Como de aquellas que por adornallos  
Ponen en los bozales de caballos.

E un chiffe de plata fué hallado,  
Que según en labor era polido,  
Por manos españolas fué labrado,  
Con lo demás de plata referido;  
Puso los españoles en cuidado,  
Pensando de qué partes ha venido,  
Mas yo bien creo que la plata era  
De Ordás, Ortal ó Alonso de Herrera.

Fueron pues por entonces compelidos  
A hacer en aquel lugar asiento,  
A causa de soldados que heridos  
Quedaron del rigor sanguiolento;  
Y hasta los tener convalécidos  
No prosiguieron su descubrimiento;  
Y cazaban por esta circunstancia  
Venados de que hay gran abundancia.

Yendo pues á cazar una mañana  
Bonilla, San Martín, Rodrigo Infante,  
Hijo de noble gente sevillana,  
Y el Estéban Martín y un Fustamante,  
Vieron atravesar por la zavana  
Un indio poco menos que gigante,  
De dardos y pavés aderezado,  
Y con mujer y dos hijos al lado.

Baten las piernas luego por la plaza  
A fin de tomar presa semejante;  
El indio luego se desembaraza  
Echando hijos y mujer delante,  
Con animo de dar orden y traza  
De los librar del riesgo circunstante;  
Y así como león ó tigre fiera,  
En medio de aquel llano los espera.

Rodean todos ellos al desnudo,  
Que solo, sin tener otra compañía,  
Puso mano á los dardos y al escudo,  
Y en detenellos él se dió tal maña,  
Que sin la perturbar su mujer pudo  
Tomar con los hijuelos la montaña,  
Quedando por librar á su querida  
En grandísimo riesgo de la vida.

Queriendo ir tras la feminea planta,  
Como le perturbaron el antojo,  
El brazo robustísimo levanta,  
Y con aquella gran furia y enojo,  
A Fustamante dió por la garganta,  
Y al caballo de Infante quebró el ojo:  
Roja se ve la tierra y el arena  
Con el licor de la cristiana vena.

El indio todavía da corridas  
Porque sus piés lijeros lo rescatan,  
No teniendo mas puntas prevenidas;  
Arremetieron pues los que combaten,  
Y aunque le dieron dos ó tres heridas,  
Arteaga rogó que no lo maten;  
Al fin prendiéronlo, y aunque no sano,  
En sus hombros pusieron al cristiano.

Al pueblo lleva pues el indio preso  
Al que de muerte hizo ser captivo,  
Y fué como si no llevara peso  
Por ser de la manera que os escribo:  
Llegó de desagrado ya tan lesado,  
Que parecia mas muerto que vivo;  
Al fin iba la vena tan rompida  
Que con la sangre le huyó la vida.

El matador en miembros estremado  
Andando con cristianas compañías,  
O de ver su mujer desconfiado,  
Por quien siempre crecían sus porfias,  
O ya podría ser de mal curado,  
En breve tiempo dió fin á sus dias;  
Mas el ausencia siendo mal tan fuerte  
Greyeron que fué causa de su muerte.

La gente peregrina y extranjera,  
Viendo ya sus heridos cuasi sanos,  
Prosiguen adelante su carrera  
Hasta San Joan que dicen de los Llanos;  
Cuyo lugar en la presente era  
Conocemos poblado de cristianos;  
Y cuando tracte deste reino nuevo  
Terneis en él un apacible cebo.

Hallaron indios puestos en asecho,  
Y ejército compuesto y ordenado,  
De gran alteracion lleno su pecho,  
Y á belicosos trances arronjado;  
Pero para contaros este hecho,  
Siéntome de presente fatigado;  
Después lo contará mi baja lira  
Sin autorizar brizna de mentira.

## CANTO SEGUNDO.

Donde se cuentan los grandes recuentos que tuvieron, y cómo viéndose George Espira con gran falta de gente determinó de volver á la ciudad de Coro, y lo que sucedió en el camino.

En guerras mucho vale la pujanza,  
Do lo mas á lo menos señorea,  
Porque notorio es que gruesa lanza  
Al tiempo de romper menos blanda;  
Pero ninguno tenga confianza  
Hasta ya ver el fin de la pelea,  
Pues acontece por alguna suerte  
Lo mas flaco vencer á lo mas fuerte.

Destá verdad ejemplo fué patente  
Aquesto que tenemos entre manos,  
Donde la muchedumbre de la gente  
De indios consumiera los cristianos,  
A no hacerse lance conviniente  
Por los pocos y flacos castellanos;  
Porque de todos ellos hecha cuenta  
Serian á lo mas ciento y cincuenta.

Y no podia bien ser numerada  
La gente del ejército salvaje,  
Pues la tierra tenían ocupada  
Con determinacion y con coraje:  
Pavés de manatí, lanza tostada,  
Casco de duro cuero con plumaje,  
Con dardos ó con flechas muchos dellos,  
Y cornetas colgadas de los cuellos.

Escuadrones compuestos y ordenados,  
Con varios instrumentos pungitivos,  
Tan atrevidos y desvergonzados,  
Que los quieren á manos tomar vivos:  
Ya tienen á los nuestros rodeados  
Por dar ejecucion á sus motivos;  
El alemán recoge su bandera,  
Animándolos bien desta manera:

«Señores, menester es poner freno  
A las bestias que corren tan sin tasa,  
Lo cual no puede trepidante seno  
Ni mano que de golpes es escasa;  
Y para conocer quién lo da bueno,  
Ya tenemos las manos en la masa:  
Otro medio no hay ni se requiere,  
Sino que haga mas quien mas pudiere.»

»Bien reconozco yo que se levanta  
Contra cascada nave gran tormenta;  
Pero ni la que vemos, ni otra tanta,  
Si de las atrasadas hago cuenta,  
Me pone sobresalto ni me espanta,  
Ni pienso salir della con afrenta:  
Ni quiero mas socorro ni mas luengo  
De tener de mi parte los que tengo.»

»Furia de indios es desvanecida,  
Y muy bien conoceis su movimiento  
Cuán á poquitos golpes da caída;  
Y aquesto baste por prevenimiento:  
Demás de que perdeis honor y vida  
Si gozan estos deste vencimiento,  
Y ser grave dolor quel alma siente  
Morir á manos de tan torpe gente.»

»Encomendaos á Dios como cristianos,  
De cuya mano viene la victoria,  
Pues el dará valor á vuestras manos  
Para poder salir con esta gloria;  
Porque matar salvajes inhumanos  
Pareceme ser obra meritoria:  
Escuadras se repartan y se ordenen,  
Y vamos por el orden que ellos vienen.»

»El contrario tenemos ya vecino:  
Su gente trae no mal repartida:  
Nosotros vamos por el mismo tino,  
Segun la traza y orden proveida.»  
Al fin los nuestros salen al camino,  
A dar el parabién de la venida,  
Y el mismo George Espira y el Esteban  
El avanguardia de la gente llevan.»

La hora, de temores alcahueta,  
Hace temblar la barba y el copete;  
Tocóse por señal una trompeta,  
De parte del peon y del jinete;  
De todas partes cada cual aprieta  
Las armas en las manos, y arremete;  
El Esteban Martin recata y mira  
Con gran cuidado por el George Espira.

Y el George Espira no se descuidaba  
De resguardar también el compañero:  
El estrago que hacen declaraba  
Cualquiera dellos ser un Marte fiero;  
La lanza duros pechos traspasaba,  
Corta robustos brazos el acero:  
Aquestos dos que van en delantera  
Amplísima dejaban la carrera.

El buen Filipe de Uten perseguía  
La parte que su parte mas estraga;  
Pues Bartolomé Berzar no dormía,  
Antes para los indios es gran plaga:  
¿Quién os podrá decir lo que hacia  
El valiente Martino de Arteaga?  
Qué Santa Cruz? y qué Diego de Montes,  
Terror y espanto destos horizontes?

Y los demás de quien mencion no hago,  
Aunque los conocí por fama y vista,  
Hacían en los indios tal estrago,  
Que no hallan valor que los resista;  
Y el indio fiero, por hacerse pago,  
Con gran coraje sigue su conquista:  
Los gritos, los clamores y el estruendo  
Los delicados aires va rompiendo.

Cada cual procurando su venganza,  
Frio temblor del pecho se destierra;  
Anda superior cristiana lanza;  
Y cuando juzga dar fin á la guerra,  
De indios acudió tan gran pujanza,  
Que nuestros españoles pierden tierra,  
Y ser divino don cada cual piensa  
El irse defendiendo sin ofensa.

Bien como piedra magnes que á sí llega  
Cualquier cosa de hierro circunstante,  
Mas en aquel compás do lo congrega  
Si ponen algun fino diamante,  
Como superior se lo despega  
Y luego se lo quita de delante,  
Adonde se conoce claramente  
Su fuerza y su virtud ser mas potente:

Así les acontece peleando  
A los valerosísimos cristianos,  
Pues cuando la victoria van cantando  
Con proezas y hechos soberanos,  
La gran potencia del contrario bando  
Luego se la quitaba de las manos,  
Haciéndole por fuerza que destuerza  
El hilo quien tenia menos fuerza.

Llegó pues multitud del adversario,  
Con un impetu tal y tan horrendo,  
Que sin volver espaldas al contrario  
Los nuestros se venían retrayendo:  
El alemán que vió suceso vario,  
Sus escuadrones iba deteniendo  
Por tal compás, tal orden y concierto,  
Que ninguno cayó ni quedó muerto.

Algunos dellos iban amarillos,  
Sin esperanza de gustosas presas;  
Así soldados como los caudillos  
Retrogradando van por las dehesas;  
Ninguno daba dobles ni sencillos  
Por ser la danza toda de represas,  
Y aun estas cada cual dellos las mide  
No con aquel compás que el baile pide.

Yendo ya todos de color de gualdas,  
Sin reparar y sin volver las ancas,  
Vinieron hasta dar con las espaldas  
En un rio de muy altas barrancas:  
Por no poder pasar ni mojar faldas  
No quieren mas tener las manos mancas,  
Porque por la gran eava contrapuesta  
O morir ó vencer solo les resta.

Un indio sobre todos bien dispuesto  
Había, que los otros mas incita  
En daño de los nuestros y denuesto,  
Y ronco ya de dar voces y grita,  
De un terrible y espantable gesto,  
Y que en los riesgos mas se precipita,  
A unos da calor, otros provoca,  
Echando espumarajos por la boca.

Así como pastor que va gritando,  
Acia corral las vacas recogiendo  
Y á los toros que ve de cuando en cuando  
La cornigera frente revolviendo,  
A perros que le vienen ayudando  
«Carga, carga, mastin,» anda diciendo,  
Y aquellas voces hacen tal efecto  
Que la manada ponen en aprieto:

Ni mas ni menos estos indios diestros,  
Con ánimo que el otro les ponía,  
A toda furia sueltan los cabestros  
Sin jamás aliojar de su porfía,  
De suerte que tenían á los nuestros  
En una gran congoja y agonía;  
Y el Esteban, vigor desta conquista,  
En el bravo gaudul puso la vista.

Estaba de su puesto tales trechos  
Que brazo de mortal no los alcanza;  
Mas por opuestos indios y pertrechos  
Y por los aires arrojó la lanza,  
Que para traspasallo por los pechos  
Ejecutora fué de su esperanza,  
Hasta clavar el suelo, y entró tanto  
Que fué de los cercanos gran espanto.

Mucho se resfrío por esta parte  
La furia de la gente cuasi prieta,  
Y viéndolos Espira de tal arte  
Mandó tocar de nuevo la trompeta:  
Aliento recobró cristiano Marte,  
Y así por todas partes los aprieta,  
Tanta sangre de nuevo ven vertida,  
Que tuvieron por buena la huida.

La muerte donde quiera les amaga;  
Como huyen por campo descubierto  
Ninguno dellos sabe qué se haga:  
Quel vencido no ve reparo cierto.  
Cayó sobre los indios grave plaga,  
Y de cristianos fué ninguno muerto:  
Espira viendo tan honroso lance  
Mandó que no siguiesen el alcance.

Antes por ver las furias en remanso  
Que pudo prometer seguras treguas,  
Y el contrario, segun iba ya manso,  
No pensaba parar en muchas leguas,  
De su consejo fué tomar descanso  
Ellos y los caballos y las yeguas,  
Y volver donde fuesen proveidos  
A costa de los miseros vencidos.

Al pueblo principal fueron derechos,  
Y queriendo gozar de los despojos,  
Hallaron ser menores los provechos  
De lo que demandaban sus antojos.  
La noche se pasó contando hechos  
De cosas que se vieron por los ojos,  
Alabando también á circunstantes  
Que lo hicieron bien el día antes.

Do cada cual quedaba satisfecho  
Del buen gobernador en este día,  
Pues á su nombre traspasó su hecho  
Porque George Formut, qué se decía,  
En alemán es hombre de gran pecho  
O de gran corazon y valentía;  
Al cual, demás ser muy gentil hombre,  
Le venia pequeño mayor nombre.

Insigne capitán, y demás desto  
No menos devotísimo cristiano,  
A nadie fué pesado ni molesto  
Con le dar ocasion y tener mano;  
Toda su vida fué retracto honesto,  
Sin nota ni resabio de liviano;  
Tuvo ya por poblados, ya por yermos,  
Gran vigilancia sobre los enfermos.

En descansando pues dos ó tres dias,  
Espacio muy mas breve que bastante,  
Las ya menoscabadas compañías  
Determinaron de pasar delante:  
Llevaban por entonces ciertas guías  
Que riqueza prometen abundante,  
Y para los poner en la tal tierra  
Habían de metellos por la sierra.

Oída la noticia que decimos,  
Cada cual el efecto deseaba,  
Y segun del paraje coligimos  
Y la guía sus piés encaminaba,  
Es este reino donde residimos,  
Que para mas tardíos se guardaba,  
Pudiendo ser primero George Espira,  
Pero Diego de Montes lo retira.

Persuadiendo ser entrada mala,  
Y ser cosa que mas les convenia  
Continuar el llano por el ala  
De la sierra, y aquella los ponía  
Debajo de aquel círculo que iguala  
Distancia de la noche con el día;  
Pues aunque se hiciese mas rodeo,  
Hallarian el fin de su deseo.

Estimulados pues desta sospecha,  
Aunque fué lo que menos les convino,  
Propósito primero se desecha,  
Teniéndolo quizá por desatino;  
Llevan la sierra sobre man derecha,  
Adelante siguiendo su camino,  
Y á tres ó cuatro dias de jornada  
Toparon una fuerte palizada.

De palos gruesos, altos, bien hincados,  
Que con bejucos van entretejidos,  
De tres ó cuatro cintas rodeados,  
Apretados y muy fortalecidos:  
Gran número de indios congregados  
Y á su defensa bien apercebidos,  
Infinidad de flecha, dardo, honda,  
Y propugnáculos á la redonda.

El español la paz les amonesta,  
Con la cual muchas veces les requiere;  
El bárbaro feroz da por respuesta,  
Que después la hará quien mas pudiere:  
Niegan cualquiera condicion honesta  
Para que de amistad se desespere;  
Y á querer socorrelles con comida,  
Los nuestros se pasaran de corrida.

Pero dijéronles: «Perded cuidado,  
Que vuestra voluntad ha de ser hecha,  
Pues el manjar mejor aderezado  
Ha de llevar la punta de la flecha:  
El dardo servira de pan pintado,  
Cuya punta no luego se desecha,  
Antes es tal, que donde quier que llega  
Con grande pesadumbre se despega.»

»Decidnos, ¿qué son vuestros pareceres?  
¿Con qué furia venís ó con qué viento,  
Pues tan menoscabados de poderes  
Os arrojaís á tanto detrimento?  
No tenéis hijos, no traéis mujeres,  
No tenéis pueblo, no hacéis asiento,  
No conoceis labranza ni hacienda,  
Sino muy mala suerte de vivienda.»

»Y si tenéis mujeres, y son buenas,  
Vosotros no debéis ser hombres buenos,  
Pues os queréis servir de las ajenas  
Y andáis á saltar bienes ajenos:  
Las caras os dió Dios de pelos llenas,  
Y de maldad tenéis los pechos llenos:  
Trabaja, trabaja, gente sin freno,  
Y no queráis comer sudor ajeno.»

Estas palabras y otras semejantes  
Decían estos bárbaros vecinos  
A nuestros trabajados caminantes  
Y mas que fatigados peregrinos:  
Que si las miran ojos vigilantes,  
No fueron totalmente desatinos;  
Pero los nuestros ya sin sufrimiento  
Determinados van al rompimiento.

Y allí ninguno dellos se reparte,  
Antes toda la gente bien armada  
Quiso romper por una sola parte,  
Que parecia mas acomodada.  
Crece la furia de uno y otro Marte;  
Vuela la flecha, y anda la pedrada;  
La castellana hacha corta y hiende  
Palos que el fuerte bárbaro defiende.

Por los palos que están mal ajustados  
Hacen algun efecto las ballestas;  
Mas la solicitud de los cercados  
Non tarda en volvelles las respuestas:  
Dentrumbas partes hay descalabrados;  
Unas armas á otras son molestas;  
Acuden allí tantos escuadrones  
Que se causaban grandes confusiones.

No de llenas encinas tantos granos,  
Ni de lleno nogal nuez tan espesa,  
Derriba la caterva de villanos  
Andando vareando muy aprieta,  
Cuanta caía sobre los cristianos  
Piedra, saeta, dardo, que no cesa:  
No les bastaba ya fuerza de brazos  
Y los escudos hechos mil pedazos.

Pareciéndole gran inconveniente  
Estar todos allí como terreros,  
Retrajose del cuerpo de la gente  
Esteban con catorce compañeros;  
Los cuáles fueron abscondidamente  
Do parecían mas flacos maderos;  
Danse tan buena maña sin sentillo  
Que pudieron abrir un buen portillo.

El Esteban Martin en el momento  
Entró con el caballo bien armado;  
Todos catorce van en seguimiento  
Para señorear el gran cercado;  
Acuden bárbaros al rompimiento,  
Mas era ya sin fruto su cuidado,  
Pues no suele temer mayor pujanza  
Esteban á caballo con su lanza.